

## Prólogo

Sea el cine la vida sin sus momentos aburridos (Alfred Hitchcock), proyector de luna (Ramón Gómez de la Serna), la realidad veinticuatro veces por segundo (Jean Luc Godard), el tiempo esculpido (Andrei Tarkovski), una ventana abierta a los voyeurs (las miradas indiscretas que penetran en lo más secreto de los cuerpos o las almas), sea todo esto o, como nos dice exactamente José Luis Morante, «oficio de la luz», el cine es siempre, para el espectador que sabe ver, otro mundo. El modo complejo en que ese mundo se relaciona con el nuestro común es, a mi juicio, el asunto de este libro.

Esta complejidad se sustancia en *Planos cortos* a través de cuatro clases de aforismos que implican otras tantas maneras de desplegar las relaciones entre el mundo del cine y el mundo de la vida: la reflexión crítica sobre el cine; las memorias y ensoñaciones asociadas a la experiencia del cine, la metaforología cinematográfica aplicada a la vida cotidiana; y el cine como alegoría de experiencias humanas profundas. Además de estas cuatro categorías, *Planos cortos* nos ofrece una quinta, diversa, que nos ubica en el espacio

de la mirada de su autor, en el contexto en el que estos aforismos adquieren su dirección de sentido, a partir de un fundamento que queda así revelado: «El aforismo parte desde la conciencia. Es testigo implicado; un director que dispersa planos cortos».

La primera categoría se abre en un haz de posibilidades que comprende desde la crítica puntual de un film, de un género, o de cualquier otra instancia material relativa al cine, hasta apreciaciones más abstractas, que apuntan a interpretaciones abiertas y sugerentes sobre la naturaleza del hecho cinematográfico. Así encontramos agudezas plenas de ingenio como «En el arranque del cine sonoro, los diálogos sonaban a limosna verbal», «Los guiones futuristas copian sus párrafos de algún manual de advertencias» o «El surrealismo cavó un interminable túnel con múltiples recovecos; por eso los cines necesitan salidas de emergencia»; y sentencias en las que se condensan hondas meditaciones que apuntan hacia una verdadera metafísica del cine: «El séptimo arte crea cronologías nebulosas; desacredita la noción lineal del futuro pasado» o «El asombro de una fotografía en movimiento; esa manzana que contradice a Newton y detiene en el aire su caída».

El segundo grupo de aforismos está vinculado especialmente al recuerdo: el cine es parte de la vida y de la memoria del autor. A través de este hilo conductor, accedemos a una memoria sentimental que visita los territorios de la

infancia, la juventud y la madurez, pero que también sorprende al lector con cápsulas narrativas como la siguiente: «Coincidimos en taquilla varios días. En la espera, le comenté que el cine es siempre el inicio de una historia. Me miró con ojos entrecerrados y un bostezo mientras me respondía: no sé, solo vengo aquí por una cura de sueño».

Una tercera categoría está formada, como hemos apuntado, por aquellos aforismos que extraen del contexto cinematográfico metáforas para explicar la vida, desde momentos de plenitud personal («La puesta en escena del alba. Beso a quien amo, salgo al jardín y tomo el primer café de la mañana. Gran cine. Pantalla panorámica»), a lúcidos destellos sobre el modo en que componemos la realidad («La razón supone que el absurdo merece papeles cortos»); o volver sobre la memoria, pero ahora no del cine, sino a partir de él: «Días adolescentes, cuando el viernes es una versión cinematográfica con guion adaptado».

Finalmente, los aforismos que recurren al cine como alegoría de vivencias hondas o de juicios universales, con frecuencia de carácter ético: «A la salida del cine el patetismo proyecta otra película. El ojo tumefacto y la orfandad de un personaje vencido por el descalabro»; «Qué autenticidad en los personajes que pasan desapercibidos. La existencia como disolución»; o «Veneración por los secundarios; podio épico para soledades que llevan tatuada la inexistencia».

Late en todos estos textos una mirada melancólica, agridulce, atenta a la emoción sorprendida en el paso del tiempo por los seres, dotada de una luz irónica, suave, que busca salvarse en la palabra como actitud moral, tal como se decanta en este aforismo, uno de los más intensos de esta espléndida serie: «El esfuerzo del yo por ser fiel a su primera versión y la soledad deshabitada del final de rodaje». *Planos cortos* es, sobre todo, un libro de amor, y así pide ser leído. Los que amamos el cine y la literatura tenemos razones para sentir esperanza.

Juan Varo Zafra